

**SRI AUROBINDO**

# **SAVITRI**

**UNA LEYENDA Y UN SÍMBOLO**

---

**Primera Parte - Libro II**

**EL LIBRO DEL VIAJERO DE LOS MUNDOS**

**Canto VII**

## **EL DESCENSO EN LA NOCHE**

---

**INTRODUCCIÓN AL POEMA - PREFACIO DEL LIBRO II**

**SINOPSIS DEL CANTO VII**



**FUNDACIÓN CENTRO SRI AUROBINDO  
BARCELONA**

SRI AUROBINDO

*Savitri*

UNA LEYENDA Y UN SÍMBOLO

Primera Parte - Libro II  
EL LIBRO DEL VIAJERO DE LOS MUNDOS

Canto VII  
EL DESCENSO EN LA NOCHE



FUNDACIÓN CENTRO SRI AUROBINDO  
BARCELONA

*Edita:* FUNDACIÓN CENTRO SRI AUROBINDO  
Galileo, 281-285, ático 2.ª - Tel. 934 902 127 - Fax 933 309 113  
08028 BARCELONA (SPAIN)  
*E-Mail:* aurobindobcn@fundacionaurobindobcn.com  
*www:* fundacionaurobindobcn.com

*Título original de la obra:* Savitri. A Legend and a Symbol  
*Título original del Libro II, canto VII:* The Descent into Night

*Traducción:* Kevala

*Composición informática, Maquetación y realización técnica:* Prashânt

*Primera edición:* Marzo 2006

*Fotografía portada:* Por cortesía del Ashram de Sri Aurobindo de Pondicherry

*Impresión y encuadernación:* Conmar Color, SCP  
Els Cedres, 24 - Tel. y Fax 933 714 745 - 08950 - Esplugues de Llobregat (Barcelona)

© Sri Aurobindo Ashram Trust 1993, 1999. Pondicherry, India  
© Fundación Centro Sri Aurobindo de Barcelona, de la edición en español

Edición especial para los suscriptores y colaboradores  
de la revista SAVITRI editada por la  
Fundación Centro Sri Aurobindo de Barcelona

Savitri  
Part I -  
Book I  
The Book of Beginnings  
§ 19 The Symbol Dawn

It was the hour before the Gods awake.  
Across the fath of the divine event.  
The huge forbidding span of Night, alone,  
Lay stretched immobile upon Silence' verge.  
A mate unconscious son of the unknown,  
Abyss of the un bodied Infinite  
Whose fatherless eyes occupied the world,  
Cradled the cosmic dance of ignorant force  
In mould creative slumber, huddling the suns,  
That carries all things in its somnambulist wheel.  
Across the vain enormous trances of space,  
Its formless stupor without mind or life,  
A shadow spinning through the endless vast,  
Earth wheeled abandoned in the hollow gulfs,  
Forgetful of her spirit and her fate.  
The impassive skies were neutral, empty still.  
Then a blank presence glanced towards distant change.  
Along a line of horizontal hue  
Like a vague smile tempting a desert heart  
Fumbled the far rim of life's obscure sleep.  
Apparent on some unseen eternal verge  
An eye of deity looked through the faint rift,  
Calling for the vertice of consciousness and joy  
Compelled moved consent to see and feel.  
A thought was sown in the unbounded void,  
A sense was born within the darkness' depths,  
A memory quivered in the heart of time,  
As if a soul long dead were moved to live,  
Be it the oblivion that succeeds the fall  
Blotted the crowded tablets of the past  
And all that was destroyed must be rebuilt  
And old endeavour laboured out once more.  
At first a hint that hardly dared to be  
Amid the night's forlorn indifference,  
A slow miraculous gesture's dim appeal,  
The uncertain thrill of transfiguring touch  
Persuaded the inert sleep-quietude  
And beauty and wonder disturbed the fields of God.

## Una introducción al Poema SAVITRI de Sri Aurobindo <sup>1</sup>

**S**AVITRI es una magna epopeya que nos introduce en una nueva era de la creación poética. Es una obra maestra del místico más grande de nuestro tiempo y, por consiguiente, no se presta fácilmente a una mera comprensión intelectual. Su significado, o más bien, su Realidad, es algo que ha de ser percibido. Es menester dejar que su vibración penetre profundamente en el interior de nuestro ser, es necesario hacer que despierte en nosotros el poder de visión, para poder contemplar lo que el maestro nos muestra.

\* \* \*

La historia que se narra en Savitri se basa en un relato del «Mahabharata» (Aranyak Parva, Ch. 248). He aquí el relato. Aswapathy, rey de Madra, no tenía hijos. A fin de que le fuera concedida la gracia de poder tener un hijo, se sometió a una vida de austeridad y de celibato, practicando el ayuno cada seis días. Al mismo tiempo, efectuaba toda suerte de sacrificios. Después de dieciocho años de estar sometido a esta vida de disciplina y austeridad, la diosa Savitri<sup>2</sup> escuchó su oración y apareció ante él, emergiendo del fuego del sacrificio. Se mostró complacida y le dijo que su anhelo de tener descendencia sería satisfecho por Brahma, Dios de la Creación. De su propio ser, como su prasad<sup>3</sup>, como su gracia especial, Ella le otorgaría el don de una hija. Y a esta hija, nacida por la gracia de la diosa Savitri, Aswapathy le puso el nombre de «Savitri». Era tan hermosa como Laxmi, la diosa de la Belleza; dorado era su color, y más parecía hija de un dios que de un ser mortal. Cuando, andando el tiempo, se hizo mayor, resultó sumamente difícil para sus padres hallar alguien que quisiera casarse con ella; ningún príncipe acudía a pedir su mano, porque era de todos conocida su personalidad, demasiado fuerte y brillante. Aswapathy, afligido, le pidió que recorriera el país en busca de su compañero, acompañada de un viejo ministro. Después de viajar por todo el reino durante más de dos años, al volver al palacio de su padre se encontró con Narad, que estaba allí pasando unos días. Savitri reveló entonces a sus padres que había elegido a Satyavan, hijo del rey Dyumatsen, que vivía en una ermita situada en medio del bosque. Dyumatsen vivía en el exilio porque sus enemigos, aprovechándose de su ceguera, lo habían desterrado de su reino. El joven príncipe Satyavan, era valiente, inteligente, generoso y clemente. Los padres aprobaron, por consiguiente, su elección. Pero Narad manifestó su desacuerdo porque sabía que Satyavan estaba predestinado a morir en el plazo de un año. Sin embargo, a pesar de esta visión profética, Savitri persistió en su actitud y se mantuvo firme en su elección; ella insistió en que únicamente elegiría una sola vez. Los padres aceptaron su decisión, y se celebró su boda con Satyavan. Inmediatamente después de las nupcias, se trasladaron a la ermita y compartieron la vida dura y sencilla del lugar. Aunque era extraordinariamente feliz, por haberse casado con Satyavan, el hombre por ella elegido, no pudo, sin embargo, olvidar, ni por un momento, la terrible profecía de Narad. Savitri se fue preparando para afrontar la gran crisis, y durante los tres últimos días se mantuvo en ayuno completo y permaneció constantemente en un estado de profundo recogimiento interior.

En la mañana del día funesto, Satyavan quiso ir al bosque para preparar leña para el fuego del sacrificio. Savitri insistió en acompañarle, porque no quería correr el riesgo de que Satyavan tuviera que enfrentarse solo con la muerte. Los padres de Satyavan no tuvieron más remedio que acceder a sus súplicas. El pretexto que alegó para acompañar a Satyavan era su deseo de ver el bosque. Pero, en verdad, ella estaba tan concentrada en la idea del sino de Satyavan que mientras caminaba junto a él pocas veces dirigió su mirada hacia el bosque.

Cuando llegaron finalmente a un determinado lugar bien conocido de Satyavan se detuvieron para preparar leña. Después de cortar algunas ramas, Satyavan se quejó de un agudo dolor de cabeza y Savitri le ofreció su regazo para que reposara en él. Poco después, Satyavan se durmió, y Savitri vio como aparecía el Dios de la Muerte para arrebatarse la vida de Satyavan, cosa que hizo al instante. Savitri fue, entonces, tras el espíritu de Satyavan, separado de su cuerpo físico y atrapado en el dogal de Yama, el Dios de la Muerte. Mientras iba en pos de Satyavan, ella estableció un diálogo con Yama y sus palabras le causaron tal impacto que éste decidió otorgarle la merced de devolver la vida a Satyavan. Savitri triunfó, así, sobre la Muerte y el Hado, y retornó a su ermita.

En la leyenda del Mahabharata, Satyavan reconquista posteriormente el reino de su padre, y reina felizmente en él.

Sri Aurobindo mantiene casi íntegramente la trama argumental de esta leyenda. Pero la leyenda en sí puede ser interpretada como un símbolo viviente. Podemos citar, a modo de ejemplo, el primer Canto del Libro I, y los Cantos III, IV y V del mismo Libro, que contienen la propia experiencia del poeta relativa al origen del mundo, y su concepción del carácter de Aswapathy. La vida de Aswapathy, el rey que no tiene descendencia, entregado al tapasya<sup>4</sup> para que le sea otorgada la gracia de tener un hijo, ha sido completamente cambiada por el poeta, convirtiéndola en un símbolo del alma humana que, habiendo descendido a la Tierra desde alturas divinas, trata de adquirir conocimiento del Ser-en-Sí o Espíritu y del mundo. De hecho, la totalidad del Libro II, constituido por el viaje de Aswapathy a través de la escala de los mundos que configuran la manifestación, es una compleja cosmogonía que partiendo del plano de la Materia asciende hasta los ámbitos de la Mente Superior y del Ser Cósmico que conducen a los mundos del Conocimiento Superior. Aswapathy adquiere un inmenso conocimiento de las posibilidades de la consciencia humana, de sus más recónditas profundidades y de sus alturas superiores y supremas. En su corazón arde la llama de la aspiración, del anhelo de crear aquí, en la Tierra, una imagen de la perfección que su alma siente que el hombre y la Tierra pueden alcanzar. El libro tercero describe la entrada y la experiencia de Aswapathy en los planos supracósmicos de consciencia, y su encuentro, cara a cara, con la Creadora Suprema, el Poder del Divino omnipotente. La culminación de su esfuerzo espiritual no es, pues, una inmersión en un Infinito sin características, o en un Absoluto vacío, sino la entrada en el mundo divino del Espíritu –lo que el poeta denomina «la Morada del Espíritu»– del que la Verdad y el Conocimiento, el Poder y la Consciencia, la Felicidad y la Armonía divinas, son los elementos constitutivos. Y él ve la posibilidad de hacer que este Mundo-Verdad descienda a la Tierra, para que una nueva creación, el reino del Divino, pueda manifestarse en ella. Aswapathy recibe de este Poder divino la inspiración directa de continuar sus esfuerzos y su lucha espiritual para promover el nacimiento de este Mundo-Verdad en medio de la ignorancia humana, venciendo la oposición de los Poderes de las tinieblas, del sufrimiento, de la inercia y de la muerte. La Madre Suprema comunica a Aswapathy su promesa de la victoria final del Divino, a pesar de todas las dificultades y de todas las oposiciones. Pero Aswapathy se da cuenta de que para su espíritu, meramente humano, la tarea es sumamente difícil, y que, a no ser que descienda a la Tierra la misma Madre Divina, o envíe una emanación Suya encarnada en una forma humana, será imposible crear aquí el Mundo-Verdad, la Vida Divina en el seno de la vida humana. La Madre suprema, en su amor infinito, otorga a Aswapathy la gracia de que una manifestación humana de Su ser nazca en la Tierra. «Una nueva Luz resplandecerá sobre la Tierra, un nuevo mundo nacerá, lo que fue prometido se cumplirá». (La Madre).

Así Savitri nace en la Tierra en respuesta a la intensa aspiración de Aswapathy a la ayuda del Divino para crear una perfección divina en este mundo. ¡Cuán lejos está esto del rey sin heredero de la leyenda, que se entrega a una vida de austeridades y sacrificio para que le sea concedido un hijo! Todo el período de austeridades de Aswapathy narrado en la leyenda clásica se convierte, en el poema de Sri Aurobindo, en el épico ascenso del alma humana en su viaje desde las profundidades del Inconsciente hasta las mismas puertas del Superconsciente, y la totalidad del símbolo adquiere una tremenda significación cósmica. Las penitencias de Aswapathy son aquí las penas y tribulaciones del Alma de la Humanidad en su proceso evolutivo, y sus progresos son los progresos logrados por la especie humana en sus esfuerzos a través de las edades por alcanzar la Verdad.

Savitri, por otro lado, deja de ser meramente una perfecta princesa, para convertirse en una manifestación de la Gracia del Supremo que desciende a la humanidad para compartir su carga de sufrimiento y de ignorancia con objeto de permitirle alcanzar la victoria sobre las fuerzas de la Oscuridad y de la Muerte. Savitri consigue esta victoria enfrentándose a Yama el Dios de la Muerte, en el momento en que éste viene a llevarse la vida de Satyavan. Extendiendo su protección, su propia Infinitud y su Inmortalidad, Savitri salva a Satyavan, rescatándolo del Dios de la Muerte. El resto de la historia –su niñez y su período de crecimiento, hasta alcanzar la edad adulta, la salida de su hogar para ir en busca de quien ha de compartir su vida, su elección de Satyavan en la ermita, su retorno al hogar paterno, y su encuentro con el sabio Narad– ha sido mantenido intacto por el poeta con la única diferencia de que Savitri aparece aquí, en todo momento, como un ser consciente de su Divinidad y, al mismo tiempo, consciente de su humanidad. El episodio en el que Narad formula su visión profética del hado que se cierne sobre Satyavan y Savitri, es elevado por Sri Aurobindo hasta una cima señera de espiritualidad donde se ponen en juego las intenciones y los propósitos cósmicos y el destino del ser humano. La descripción del carácter de Savitri en los libros IV, V y VI mantiene la dignidad del don de la Madre Suprema otorgado a Aswapathy en el libro I, canto IV. Tanto en la leyenda original, como también en el símbolo, Savitri se enfrenta con Yama, el Dios de la Muerte. Pero en la leyenda el diálogo entre Savitri y Yama es más bien convencional y sólo tiene un carácter ético-religioso; aquí en cambio, en el poema de Sri Aurobindo, Savitri aparece claramente, no sólo como representante de la especie humana, sino, también, como el ser que encarna a la Gracia suprema. Yama, por otra parte, pone ante ella toda la oposición que la astucia, el ingenio y la habilidad de la ignorancia pueden urdir. Todo el diálogo discurre en un plano señero de inspiración en el que de vez en cuando irrumpen ráfagas radiantes de revelación y destellos de la consciencia sobremental. Aquí se puede también advertir hasta qué punto ha enriquecido el poeta la leyenda original, hasta qué punto ha elevado el mito Indio, transformándolo en un episodio fecundo, lleno de significación para el alma humana y su destino. Sri Aurobindo ha convertido una leyenda local en un proceso psicológico tremendo, de una significación trascendental para la evolución humana. Este poder de transfiguración es un elemento característico de la magia del Maestro. La originalidad del poeta brilla de modo especial cuando describe la vida de Savitri y de Satyavan después de su victoria sobre la Muerte. En la leyenda, ambos retornan a la tierra y Satyavan reconquista el reino de su padre, reina en él durante muchos años y es feliz para siempre. Pero en el símbolo de Sri Aurobindo, Savitri y Satyavan ascienden desde el reino de la Muerte hasta los ámbitos del Día Sempiterno donde el Sol de la Verdad nunca se pone, donde la Ignorancia es desconocida y no hay lugar para la Muerte. Después de residir en este ámbito de la Verdad durante algún tiempo, dirigen su mirada a la Tierra y vuelven a ésta para consumir su Obra Divina –la creación de una nueva humanidad. De este modo, la visión creadora del Maestro transforma la leyenda en un símbolo cósmico.

\* \* \*

Queremos cerrar esta introducción con un texto extraído de la obra de K. D. Sethna, «El Genio Poético de Sri Aurobindo»:

«La creación de un cuerpo poético tan vasto y multiforme como el de su obra magna en prosa «La Vida Divina», para transmitir la Realidad viviente hasta los últimos límites del lenguaje, tal era la tarea que incumbía a quien se había erigido como el heraldo y fundador de los cimientos de una nueva época espiritual. Sin esta obra poética, Sri Aurobindo no habría podido establecer en la Tierra, bajo una forma plenamente efectiva, la influencia aportada por él. Toda influencia evolutiva, para que sea dinámica en términos absolutos, debe asumir una forma poética que constituya una estructura correlativa a su acción viviente real en la consciencia y en la conducta personal. Bajo esta forma, esta influencia puede alcanzar el ser interior del hombre de una manera persistente y ubicua, y, puede, además, hacerlo con un poder de sugestión tan luminoso y vibrante que no admite comparación con el de cualquier otra forma literaria o artística. Pero una serie de obras cortas y dispersas de poesía no pueden erigir la cosmo-visión sostenida y organizada que se requiere para poner un sello indeleble sobre el devenir de los tiempos. Sólo un poema épico o un drama pueden lograrlo, porque su acción discurre por un vasto ámbito, con una densa carga de inventiva vital y un juego complejo de caracteres y de acontecimientos. No obstante, una epopeya llena de reali-

zaciones supra-mentales no sería adecuada para su propósito si no encarnara estas realizaciones en el vehículo viviente de palabras y ritmos procedentes de planos situados por encima de la mente humana. Por eso Savitri es, bajo todos los puntos de vista, la estructura poética idónea para el impulso práctico en pro de la Transformación de la Tierra promovido por el más insigne Maestro espiritual de la India moderna en su Ashram de Pondicherry. Junto con su labor personal como guru de unos discípulos que se ofrecieron para proceder a una transformación integral de sus vidas, este poema, que es, a la vez, una leyenda y un símbolo, será un instrumento fundamental para el florecimiento de la nueva era Aurobindoniana».

1. Los textos que ofrecemos a nuestros lectores son extractos de la obra de A. B. Purani «Sri Aurobindo's Savitri An Approach and a Study», editada por el Ashram de Sri Aurobindo en Pondicherry. 3.<sup>a</sup> impresión, mayo de 1970.

2. Savitri, la Palabra Divina, hija del Sol; diosa de la Verdad suprema que desciende al mundo y nace para salvar.

3. Alimento sagrado que se da a los dioses y a los devotos.

4. Esfuerzo o disciplina espiritual.

## LIBRO II EL LIBRO DEL VIAJERO DE LOS MUNDOS

### PREFACIO<sup>1</sup>

**E**l Libro del Viajero de los Mundos, contiene quince cantos y es el más extenso del poema. En él se describe toda la serie de los mundos o planos de existencia. En cierto sentido cabría decir que constituye una geografía oculta del cosmos.

Cruzando las fronteras del Espacio y el Tiempo terrenales, Aswapathy se introduce en otra dimensión de la consciencia. En primer lugar se le ofrece la visión de una escalera cósmica, una ordenada escalera de mundos, «irguiéndose como un ingente carruaje de los Dioses» que une los abismos inferiores con las cumbres supremas de la existencia. Entonces se pone en marcha y entra en los mundos físico-sutiles.

Primero se adentra en el Reino de la Materia Sutil en el que la sustancia es ciertamente material, pero de una Materia menos densa, enrarecida y refinada, que permite una libertad de movimientos infinitamente mayor que la que existe en el mundo de la Materia-física densa. Desde el mundo de la materia sutil va al mundo de la vida donde la fuerza-de-vida está desarrollando «un espléndido movimiento de juego».

Aswapathy se siente fascinado y quiere adentrarse en ese mundo, pero advierte que no puede. Buceando en su interior descubre algún defecto, alguna imperfección que le persigue, que le descalifica y le impide entrar en el glorioso mundo de la vida. Le es revelado que mucho antes, cuando no había todavía ni una sombra de vida en la tierra, las almas que estaban aprisionadas en las formas materiales imploraban a la Fuerza-de-la-Vida que descendiera, y en respuesta a sus ardientes plegarias la Vida inició su descenso a la tierra trayendo consigo toda su espléndida gloria; pero antes de que pudiera establecer contacto con la tierra «una ambigua Presencia lo cuestionó todo». El movimiento de descenso se interrumpió, se interpuso una sombra, y como consecuencia de ella la Fuerza-de-la-Vida que se estableció en la tierra quedó menoscabada. No pudo funcionar con la plenitud de su propia intensidad y poder. Y Aswapathy, viniendo de esta tierra de Fuerza-de-Vida deteriorada, formando parte de una creación imperfecta, no pudo entrar en el esplendoroso Mundo-de-la-Vida.

Entonces entra en los reinos de la Pequeña Vida, no de la vida gloriosa, sino de la vida pequeña en los que la Vida lentamente empieza a manifestarse en chorros de vida, y las cosas se van organizando en una escala muy limitada, en sensaciones y cosas menores. Observa hasta que punto los movimientos de ese pequeño Mundo-de-vida condicionan los movimientos de nuestro universo físico. Sigue adelante y tiene la experiencia de las Divinidades de la Pequeña Vida. Sri Aurobindo describe primero los Reinos y luego las Divinidades que rigen esos Reinos.

Aswapathy se traslada luego al ámbito de los Reinos y las Divinidades de la Gran Vida. Allí observa que los movimientos ascendentes de la energía-de-Vida no alcanzan las cumbres. En alguna parte son retenidos, y él quiere descubrir la causa de que la Vida fracase en su intento de alcanzar esas cumbres de la existencia de las que ha tenido una clara visión. Así que Aswapathy mira en torno, ve un paraje tenebroso y penetra en él. Su experiencia en este ámbito constituye el contenido del canto siete, «El Descenso en la Noche».

Aquí se describe como todo lo que comentamos respecto al infierno y el mal no es nada comparado con las intensidades de la falsedad y de la maldad que tienen lugar en este mundo de la Noche. Aswapathy va con su alma y el Nombre en sus labios como una protección ante los rostros ominosos que están por doquier. El va más y más hacia abajo, hacia las profundidades de ese abismo, y finalmente cuando llega al punto más bajo, al nadir, tiene una visión del ser Supremo en estado de reposo; entonces, viniendo de atrás, una mano toca esa concentración de oscuridad e inmediatamente se produce una eclosión de luz y de gozo.

Después emerge en el ámbito de la Gran Vida, —el Paraíso de los Dioses de la Vida. Es ir, después del Mundo de la Falsedad, de la Madre del mal y los Hijos de las Tinieblas con los que se encuentra en su descenso al interior de la Noche, se adentra en el Paraíso de los Dioses de la Vida. Prosigue su andadura y entra en el mundo de la Pequeña Mente donde las cosas se organizan según la escala limitada de la lógica y la razón. Se introduce luego en el ámbito de los Reinos y las Divinidades de la Gran Mente situada por encima de la razón y alcanza los pináculos del plano mental: los Cielos del Ideal. Allí los ideales son soberanos. Después de pasar un cierto tiempo allí, descubre que está situado en el Ser-Esencial de la Mente.

Más allá de las fronteras de la mente dinámica se halla el Ser-en-Sí o Ser-Esencial, el Inmutable, el Ser Silente, donde parece como si no hubiera existencia alguna, como si todo fuera una ilusión y no existiera realmente nada. Un reflejo de este mundo del Ser-en-Sí de la Mente es lo que en el yoga se experimenta como el poderoso hechizo del Nirvana en el que nada existe que no sea el Ser-en-Sí o Atman. Como seguramente recordaréis, esa fue la experiencia que tuvo Sri Aurobindo durante sus meditaciones en Baroda en 1908. El hecho de que él no se detuviera en este punto, en esta experiencia, es una cuestión que no podemos tratar ahora. Aswapathy recibe este tremendo impacto del Silencio, de la Soledad en la plenitud infinita del ser, pero aguarda, y penetra finalmente en los dominios del Alma-del-Mundo, «la cámara configuradora de los mundos». Los Dioses están allí realizando su obra. Él observa y prosigue su camino más allá de sus ámbitos.

Finalmente llega a un lugar donde está el Dos-en-Uno, Ardhanrishwara. Aswapathy observa. Lentamente ante él no hay más que Uno y ese uno es la Presencia de la Madre Divina. Pero su rostro está cubierto con un velo. La intensidad de su aspiración es tal que se produce una respuesta y la Madre aparta la mitad del velo que cubre Su faz. Y la visión que contempla, aunque sólo dura un instante y sea parcial, le desborda completamente, y cae al suelo tendido y exánime. Al despertar, se encuentra en el Reino del Conocimiento Superior.

Éste es a vista-de-pájaro un breve resumen del Libro II de Savitri.

**LIBRO II - CANTO VII**  
**EL DESCENSO EN LA NOCHE**  
**SINOPSIS<sup>1</sup>**

Con una mente en calma y un corazón desapegado, Aswapathy trata de encontrar la causa del fracaso-del-mundo que acaba de experimentar, y va más allá de la visión de superficie de la naturaleza. Abajo en las profundidades ve la fuente del Dolor y el pozo negro de la Ignorancia y el Mal. Percibe una oscura Nesciencia que mira hacia esta creación, un Poder oculto de la Fatalidad y la Muerte debajo de la vida.

Observa una influencia fatal que furtivamente penetra y se arraiga en todas las cosas creadas, corrompiendo y pervirtiéndolo todo. Se produce una deformación en todos los seres. Sobre el mundo se respira un hálito de tristeza. Llegan seres del Mal y erigen un marco de pecado y de Hado adverso. Toda la apariencia y todo el carácter de la Vida experimenta un cambio. La Belleza, el Amor, la Luz ceden ante la fealdad, la concupiscencia, la oscuridad. El ego se agranda, la falsedad usurpa el lugar de la Verdad, el Conocimiento es desplazado por la Ignorancia.

Aswapathy ve como emerge de un modo perceptible un Poder oscuro cuyo mismo aliento es veneno. Un peligro comienza a saturar el aire y se congregan Energías amenazadoras. En torno a él se acumulan asechanzas tentadoras. Todo allí es descarriado por falsas apariencias, pero Aswapathy ve la realidad en virtud de su facultad de discernimiento interior. Ansioso por descubrir la causa de este Mal prosigue su andadura por este confuso y sombrío camino. Entra en una tierra-de-nadie donde el tráfico es intenso, pero no hay habitáculos. Todo allí es una inmensa frustración. El gozo esconde el dolor y el bien esconde el mal; el amor conduce al mal, la verdad desaparece en la falsedad y la vida presagia la muerte. Los poderes hostiles que gobiernan se ocultan bajo la apariencia de Luz, citan las escrituras y matan el alma con una farisaica virtud. La senda del cielo conduce aquí al infierno. El engaño y la traición es algo común. El egoísmo es altamente considerado y rentable; cada individuo se pelea con otros, pero todos se ponen de acuerdo en eliminar a hacer callar a quienquiera se atreva a buscar un bien superior. La verdad es desterrada para que no perturbe el orden establecido de las cosas.

Luego el escenario cambia. Aparece una ciudad de la antigua Ignorancia, un centro sin circunsferencia, un lugar en el que nadie gobierna sobre los grupos armados en guerra. Es una ciudad en la que la Luz es desconocida; el Ego y la Falsedad son sus árbitros. Un código engañoso de ética confiere una apariencia de nobleza a los despiadados guerreros. El poder y el beneficio constituyen la Verdad y la Justicia. La religión es un medio de opresión, la espiritualidad es desterrada, la verdad es prohibida como una mentira y la mentira es instalada en un trono como la verdad.

Aswapathy pasa cautamente por este peligroso pasaje con el Nombre de Dios con sus labios, constantemente consciente de la traición latente por detrás. Nadie le cuestiona. Las cumbres del Espíritu en lo alto le hacen señas; los abismos debajo lo desean. Él elige explorar los abismos de la Noche y emprende su camino descendente.

Una oscuridad más densa aparece ante sus ojos. Da la sensación de que Dios y la Luz nunca han estado allí o en cualquier caso ya no tienen ningún poder. Su vista falla, y percibe su camino con su alma. La fealdad, la perversión, la lujuria, la crueldad compiten entre sí

para dominar la escena. El culto se ofrece al Antidivino. Se cultiva una nueva sensibilidad que valora lo que el alma detesta. La belleza es execrada, las emociones puras son ahogadas. El mal es valorado, las pasiones bestiales mantienen su influjo sin impedimentos. He aquí el Infierno en su desnuda gloria.

Los moradores de estas regiones son de un linaje poseído por la fuerza demoníaca que asecha en las profundidades de los seres humanos, que es reprimida por la ley del corazón humano y controlada por una mente refinada. Esta fuerza es un monstruo de codicia, de afán de engrandecimiento y de explotación. Los seres de este mundo tienen una apariencia humana, pero lo cierto es que son más viles que la más vil de las criaturas. No hay ni una sombra de piedad o amor en ellos; todo es fuerza, tiranía, cinismo. Estas criaturas de la Oscuridad, desprecian ruidosamente la Luz en sus cánticos de lealtad a sus Señores de la Falsedad.

Aswapathy prosigue solo su andadura en estos amenazadores reinos, lucha con los poderes que pretenden apagar la luz de su mente, rechaza sus pegadizas influencias. Pronto emerge en unos inmensos espacios; las zonas pobladas quedan atrás. Es un vacío agobiante como de muerte. Aswapathy percibe una hostilidad activa en la Vida que se opone a la luz y a la verdad, que siembra la desesperación y la ruina, y él lucha para resistir el furioso ataque. El Abismo desde las profundidades se alza para reclamar su alma que está ahora sola enfrentándose a la Noche; él es succionado y empujado por todas partes. La esperanza desaparece y surge en él un temor sin nombre. Su mente enmudece. Sin embargo, Aswapathy resiste, aplaca el terror y asume la agonía.

Enseguida vuelve la paz y la mirada del alma. La Divinidad despierta en él y afronta el peligro con Calma. Con una mirada controla las olas de esta formidable Naturaleza. Con su espíritu desnudo se enfrenta al Infierno sin velos.

1. Ref.: M. P. Pandit. *Reading in Savitri*, vol. VI, págs. 3-6. Dipti Publications, Sri Aurobindo Ashram Trust, Pondicherry 1971.

## LIBRO II - CANTO VII

### *EL DESCENSO EN LA NOCHE*

- 1 La mente desligada de la vida, sosegada para conocer,  
el corazón divorciado de la ceguera y la aflicción,  
del sello de las lágrimas, el yugo de la ignorancia,  
él se puso a buscar la causa de este vasto fracaso-del-mundo.  
Sus ojos se alejaron de la faz visible de Natura  
y dirigió su mirada al Vasto imperceptible,  
la formidable Infinitud desconocida,  
adormecida detrás de la espiral interminable de las cosas,  
que lleva el universo en sus extensiones intemporales  
10 y las pequeñas olas de su ser son nuestras vidas.  
Los mundos son construidos por su inconsciente Hábito  
y la Materia y la Mente son sus formas o sus poderes,  
nuestros pensamientos de vigilia son el producto de sus sueños.  
El velo que cubre los abismos de Natura fue rasgado:  
él vio la fuente del dolor persistente del mundo  
y la boca del pozo negro de la Ignorancia;  
el mal guardado en las raíces de la vida  
alzó la cabeza y lo miró en los ojos.  
En una sombría orilla donde el Espacio subjetivo muere,  
20 donde una inhóspita cumbre que domina todo lo que existe,  
una tenebrosa Nesciencia despertada,  
sus grandes ojos vacuos asombrados ante el Tiempo y la Forma,  
miraba fijamente las invenciones del Vacío viviente  
y el Abismo del que nuestros comienzos surgieron.  
Detrás esculpida aparecía una máscara gris de la Noche  
vigilando el nacimiento de todas las cosas creadas.  
Una escondida Potencia consciente de su fuerza,  
una vaga Presencia asechando por doquier,  
un Destino contrario que amenaza a todas las cosas hechas,  
30 una Muerte que era como la simiente negra de la vida,  
parecía engendrar y matar el mundo.  
Entonces desde el oscuro misterio de los abismos  
y desde el vacío seno de la Máscara  
algo se deslizó que parecía un Pensamiento informe.  
Una influencia fatal se apoderó furtivamente de las criaturas,  
cuyo toque letal perseguía al espíritu inmortal,  
sobre la vida se posó el dedo obsesivo de la muerte  
y obnubiló con el error, la aflicción y el dolor  
la voluntad nativa del alma de verdad, de gozo y de luz.  
40 Una deformación se enroscó, reivindicándose como  
la verdadera tendencia del ser, el impulso verdadero de Natura.  
Una mente hostil y perversa en acción  
asechando en cada recoveco de la vida consciente,  
corrompía la Verdad con las mismas fórmulas de la Verdad;  
interceptora de la escucha del alma,  
atormentando el conocimiento con el matiz de la duda

capturaba los oráculos de los dioses ocultos,  
borraba los hitos indicadores del peregrinaje de la Vida,  
cancelaba los sólidos edictos grabados en la roca por el Tiempo,  
50 y sobre los cimientos de la Ley cósmica  
erigía los pilones de bronce de su gobierno perverso.  
Incluso la Luz y el Amor que, por el embrujo de ese peligro encubierto,  
pasaron de la radiante naturaleza de los dioses  
a la de ángeles caídos y de soles engañosos,  
se convirtieron en un hechizo y un riesgo,  
una dulzura perversa, un maleficio venido del cielo:  
su poder podía deformar las cosas más divinas.  
Un viento de aflicción sopló sobre el mundo;  
todo pensamiento era asediado por la falsedad, todo acto  
60 marcado con el signo del defecto o de la frustración,  
toda tentativa elevada, con el fracaso o un éxito fútil,  
pero nadie podía saber la razón de su caída.  
La Máscara gris susurró, y aunque ningún sonido se oyese,  
en el corazón ignorante una semilla fue echada  
portadora del fruto negro del sufrimiento, la muerte y el infortunio.  
De las glaciales estepas de un inhóspito Más-Allá,  
invisibles, portando la máscara gris de la Noche,  
llegaron los terribles mensajeros de las tinieblas,  
invasores de un peligroso mundo de poder,  
70 embajadores del absoluto del mal.  
En el silencio las inaudibles voces hablaban,  
manos que nadie veía plantaban el grano fatal,  
ninguna forma fue vista, sin embargo la obra atroz fue realizada;  
un decreto de hierro en curvos unciales escrito  
imponía una ley de pecado y de hado funesto.  
La vida lo miraba con ojos cambiados y tristes:  
él percibía su hermosura y el corazón anhelante de las cosas  
que con un poco de dicha quedaba satisfecho,  
respondiendo a un pequeño rayo de verdad o de amor;  
80 veía su luz solar dorada y su lejano cielo azul,  
el verde de sus hojas y el color y el aroma de sus flores  
y el encanto de los niños y el amor de los amigos  
y la belleza de las mujeres y el afable corazón de los hombres,  
pero también percibía los temibles poderes que gobiernan sus talentos  
y la angustia que ella ha sembrado en sus caminos,  
el hado inadvertido que asecha a los pasos de los hombres  
y su mal y su tristeza, y su último legado: la muerte.  
Un soplo de desilusión y decadencia  
corruptor asechaba la maduración de la Vida  
90 y echaba a perder el pleno florecimiento del alma:  
el progreso se convertía en proveedor de la Muerte.  
Un mundo que se agarraba a la ley de una Luz extinguida  
se complacía con los pútridos cadáveres de las verdades muertas,  
aclamaba las formas retorcidas como algo libre, nuevo y verdadero,  
bebía la belleza de la fealdad y el mal  
que se sentían huéspedes en un banquete de dioses  
y saboreaba la corrupción como un bien sazonado alimento.  
Una oscuridad se instaló en el aire pesado  
que borraba la sonrisa radiante de los labios de Natura  
100 y mataba la confianza nativa en su corazón  
y ponía en sus ojos la mirasa de soslayo del miedo.  
La concupiscencia que falsea el bien natural del espíritu  
sustituía con una virtud y un vicio prefabricados  
el impulso franco y espontáneo del alma:

afliendo a Natura con la mentira de la dualidad,  
sus valores gemelos aguzaban una delectación prohibida,  
hacían del mal un alivio del espurio bien,  
el ego medraba en la rectitud y en el pecado  
y ambos se tornaban instrumentos del Infierno.

- 110 En montones de desechos al borde de una monótona ruta  
los simples placeres de antaño eran abandonados  
en los eriales del descenso de la vida hacia la Noche.  
Toda la gloria de la vida se extinguía, empañada por la duda;  
toda belleza terminaba en una faz envejecida;  
todo poder era tildado de tiranía maldecida por Dios  
y la Verdad, de ficción necesaria para la muerte:  
la búsqueda del gozo era ahora una caza extenuante;  
todo conocimiento se reducía a una inquisitiva Ignorancia.

- 120 Como de una oscura matriz él vio emerger  
el cuerpo y el rostro de un siniestro Invisible  
escondido detrás de los bellos exteriores de la vida.  
Su peligroso comercio es la causa de nuestro sufrimiento.  
Su aliento es un veneno sutil en el corazón de los hombres;  
todo mal se inicia en esa ambigua faz.  
Un peligro rondaba ahora en el aire corriente;  
el mundo se llenaba de Energías amenazantes,  
y dondequiera dirigía sus ojos en pos de ayuda o de esperanza,  
en el campo o en casa, en la calle, el campamento y el mercado,  
se encontraba con el ir y venir merodeante y furtivo  
130 de Influencias corpóreas, armadas e inquietantes.  
Una marcha de oscuras y desnudas figuras de diosas  
perturbaba el aire con una tremenda inquietud;  
aterradores rumores de pasos se aproximaban invisibles,  
formas que eran amenazas invadían la luz espectral,  
y en el camino le pasaban seres ominosos  
cuya sola mirada era una calamidad:  
una dulzura y una seducción súbitas y formidables,  
rostros que entreabrían labios y ojos tentadores  
y se acercaban a él, armados de belleza como un ardid,  
140 pero escondían una intención fatal en cada rasgo  
y en un momento podían cambiar peligrosamente.  
Pero sólo él percibía ese ataque encubierto.  
Un velo obstruía la visión interior,  
una fuerza estaba allí que escondía sus pasos terribles;  
todo era falso, pero se creía la verdad;  
todos eran sitiados pero nada sabían del asedio:  
porque nadie podía ver los autores de su propia caída.

- Conscientes de alguna oscura sabiduría todavía oculta  
que era el sello y la autorización de esta fuerza,  
150 él siguió la pista de los confusos y tremendos pasos  
que retornaban a la noche de la cual venían.  
Llegó a una zona sin construir, propiedad de nadie:  
allí todos podían entrar pero nadie permanecer mucho tiempo.  
Era una tierra-de-nadie de aire maligno,  
un vecindario abarrotado, sin un solo hogar,  
un territorio limítrofe entre el mundo y el infierno.  
Allí la irrealidad era el señor de la Naturaleza:  
era un espacio donde nada pedía ser verdadero,  
porque nada era lo que había afirmado ser:  
160 una noble apariencia recubría su engañoso vacío.  
Pero nada quería confesar su propia simulación,

ni siquiera a sí mismo con el ambiguo corazón:  
un inmenso engaño era la ley de las cosas;  
sólo por ese engaño podían vivir.  
Un Nihil insustancial garantizaba  
la falsedad de las formas que adoptaba esta Naturaleza  
y les daba por algún tiempo una apariencia de existencia y vida.  
Una magia prestada las sacaba del Vacío;  
adquirían un diseño y una sustancia que no era la suya  
170 y mostraban un color que no podían mantener,  
reflejos de una realidad fastasmagónica.  
Cada resplandor de arco iris era una espléndida mentira;  
una belleza irreal agraciaba una faz encantadora.  
No se podía contar con la permanencia de nada:  
el gozo generaba lágrimas y el bien resultaba un mal,  
pero del mal nunca se cosechaba un bien:  
el amor terminaba pronto en odio, la dicha destruida por el dolor,  
la verdad se convertía en falsedad y la muerte regía la vida.  
Un Poder que se reía de las maldades del mundo,  
180 una ironía que unía a los contrarios del mundo  
y arroja a unos a los brazos de otros para batirse,  
ponía un rictus sardónico en el rostro de Dios.  
Distante, su influencia penetraba por doquier  
y dejaba sobre el pecho la impronta de una pezuña partida;  
un corazón pervertido y una extraña y sombría sonrisa  
se burlaban de la siniestra comedia de la vida.  
Anunciando la venida de una Forma peligrosa,  
una ominosa andadura atenuaba su funesta pisada  
para que nadie pudiera comprender o ponerse en guardia;  
190 nadie oía nada hasta que la terrible garra estaba allí.  
O bien todos auguraban un acercamiento divino,  
sentían un aire de profecía, una esperanza celestial,  
atendían a un evangelio, buscaban una nueva estrella.  
El Demonio era visible pero bajo un manto de luz;  
parecía un ángel de la guarda venido del cielo:  
armaba la mentira con las Escrituras y con la Ley;  
engañaba con la sapiencia, mataba el alma con la virtud  
y por el sendero del cielo conducía a la perdición.  
Proporcionaba una espléndida sensación de poder y de gozo,  
200 y, cuando del interior surgía el aviso,  
tranquilizaba el oído con tonos melifluos  
o capturaba la mente en su propia red;  
su rigurosa lógica hacía que lo falso pareciera verdadero.  
Asombrando a los elegidos con su sacro saber  
él hablaba como si fuera la voz misma de Dios.  
El aire estaba lleno de perfidia y fraude;  
decir la verdad era una estratagema en ese lugar;  
la emboscada estaba al acecho en una sonrisa y el peligro hacía  
de la seguridad su cobertura, de la confianza su puerta de entrada:  
210 la falsedad venía riendo con los ojos de la verdad;  
cada amigo podía tornarse un enemigo o un espía,  
la mano que estrechabas guardaba en su manga un puñal  
y un abrazo podía ser la cárcel de hierro de la perdición.  
La agonía y el peligro acosaban a su presa temblorosa  
y suavemente hablaban como a un amigo tímido:  
el ataque surgía de súbito, violento e inadvertido;  
el miedo asaltaba el corazón a cada instante  
y gritaba con una terrible voz de angustia;  
llamaba a un salvador, pero nadie se acercaba.

220 Todos andaban cautamente, pues la muerte estaba siempre cerca;  
sin embargo la cautela parecía un vano dispendio de cuidado,  
porque todo lo que protegía resultaba una trampa mortal,  
y cuando después de un largo suspense la salvación llegaba,  
aportando un alivio feliz que desarmaba la fuerza,  
servía de pasaje sonriente a un destino peor.  
No había tregua alguna ni lugar seguro para descansar;  
nadie osaba adormecerse ni deponer sus armas:  
era un mundo de lucha y de sorpresa.  
Todos los que allí estaban vivían solamente para ellos;  
230 todos guerreaban contra todos, pero con un odio común  
contra la mente que buscaba algún bien superior;  
la Verdad era desterrada por temor a que se atreviera a hablar  
e hiriera el corazón de la tiniebla con su luz  
o a que el orgullo de su conocimiento la llevara a blasfemar  
de la estereotipada anarquía de las cosas establecidas.

Entonces la escena cambió, pero mantenía su núcleo atroz:  
alterando su forma, la vida seguía igual.  
Allí había una capital sin un Estado:  
no tenía gobernantes, sólo grupos rivales en lucha.  
240 Él vio una ciudad de la antigua Ignorancia  
fundada sobre un suelo que no conocía la Luz.  
Allí cada uno andaba solo en su propia oscuridad:  
sólo estaban de acuerdo en diferir en los senderos del Mal,  
en vivir a su propia manera para ellos mismos  
o imponer una mentira y una transgresión comunes;  
allí el Ego era el señor sobre su trono de pavo real  
y la Falsedad se sentaba a su lado, su compañera y reina:  
el mundo giraba hacia ellos como el Cielo hacia la Verdad y Dios.  
La Injusticia justificaba con decretos inmutables  
250 los pesos soberanos del tráfico legalizado del error,  
pero todos los pesos eran falsos y ninguno era igual;  
ella estaba siempre al acecho, con su balanza y su espada,  
para que ninguna palabra sacrílega denunciara  
las fórmulas sacrosantas de su viejo desgobierno.  
Arropada en nobles proclamas la voluntad egoísta a grandes pasos marchaba  
y la licencia se pavoneaba parlotteando del orden y el derecho:  
no había allí altar alguno erigido a la Libertad;  
la verdadera libertad era aborrecida y perseguida:  
en ninguna parte se podía ver la armonía y la tolerancia;  
260 cada grupo proclamaba su cruel y desnuda Ley.  
Un esquema de ética realzado con reglas escriturales  
o una teoría apasionadamente creída y loada  
parecía una tabla del código sagrado del Cielo supremo.  
Una práctica formalista, en cota de malla y calzado de hierro,  
confería a un rudo y despiadado linaje guerrero,  
surgido de las entrañas salvajes de la tierra,  
una severa y altiva prestancia de rigurosa nobleza,  
una postura cívica rígida y formidable.  
Pero todos sus actos privados desmentían esta pose:  
270 el poder y la utilidad eran su Verdad y su Derecho,  
una rapacidad de águila atrapaba el bien codiciado,  
sus picos picoteaban y sus garras despedazaban toda presa más débil.  
En el dulce sigilo de sus placenteros pecados  
a Natura obedecían, no a un Dios moralista.  
Traficantes inconscientes de contrarios al por mayor,  
ellos hacían lo que en otros perseguirían;

cuando sus ojos observaban el vicio de sus semejantes,  
 ardían de indignación, de ira virtuosa;  
 olvidándose de su propia falta en lo profundo escondida,  
 iban en tropel a lapidar a un vecino sorprendido en pecado.  
 280 Un juez pragmático interior emitía falsos decretos,  
 ponía las peores iniquidades sobre el pedestal de la equidad,  
 demostraba la justicia de acciones malas, ratificaba la escala  
 de intereses y deseos del ego mercantil.  
 Así el equilibrio quedaba a salvo, el mundo podía vivir.  
 Un fanático fervor propagaba sus crueles cultos,  
 toda fe distinta de la suya sangraba flagelada por herejía;  
 interrogaban, apresaban, torturaban, quemaban o destruían  
 y forzaban el alma a abandonar el bien o a morir.  
 290 En medio de credos discrepantes y sectas en guerra,  
 la Religión se sentaba sobre un trono manchado de sangre.  
 Cien tiranías oprimían y masacraban  
 y fundaban la unidad sobre el fraude y la fuerza.  
 Sólo la apariencia era allí estimada como real:  
 el ideal era el blanco de un cínico sarcasmo;  
 abucheada por las masas, objeto de mofa por las mentes cultivadas,  
 la búsqueda espiritual erraba proscrita,—  
 trama de pensamiento autoengañoso de soñadores,  
 loca quimera, o farsa de hipócritas—,  
 300 su instinto apasionado se arrastraba a través de oscuras mentes,  
 perdido en los meandros de la Ignorancia.  
 Allí la mentira era la verdad, y la verdad una mentira.  
 Aquí el caminante del Sendero ascendente  
 debe hacer una pausa, o atravesar lentamente este espacio peligroso,  
 con una plegaria en sus labios y el gran Nombre,  
 porque el desafío de los reinos del Infierno serpentea por la ruta del cielo.  
 Si la aguda punta de lanza del discernimiento no lo escruta todo,  
 él podría tropezar en la red inextricable de la falsedad.  
 A menudo debe girar y mirar hacia atrás  
 310 como el que siente sobre su cuello el aliento del enemigo;  
 si no, sorprendiéndolo por detrás, un golpe traidor  
 podría dejarlo tendido y clavado al suelo impío,  
 traspasado por la espalda por la punzante estaca del Mal.  
 Así puede uno caer en la ruta del Eterno  
 perdiendo la rara oportunidad del espíritu en el Tiempo,  
 y de él ninguna noticia llegar a los dioses que esperan;  
 con la señal de desaparecido en el registro de las almas,  
 su nombre será «símbolo» de una esperanza fallida,  
 recuerdo de la posición de una estrella fenecida.  
 320 Sólo estaban a salvo los que mantenían a Dios en su corazón:  
 el coraje es su armadura, su espada la fe, deben marchar,  
 con la mano presta a golpear, el ojo a reconocer,  
 lanzando hacia adelante la jabalina de la mirada,  
 héroes y soldados del ejército de la Luz.  
 Incluso así, pasado el siniestro peligro,  
 liberados al entrar en un aire sosegado y puro,  
 apenas osaban al fin respirar y sonreír de nuevo.  
 Una vez más ellos andaban bajo un sol real.  
 Aunque el Infierno pretendía reinar, el espíritu aún tenía poder.  
 330 Él<sup>1</sup> pasó sin debate por esta Tierra-de-Nadie;  
 de lo alto lo enviaban en misión, el Abismo lo deseaba;  
 nadie se interponía en su camino, ninguna voz se lo impedía.  
 Pues rápida y fácil es la ruta que desciende,  
 y ahora hacia la Noche se había girado su faz.

Una oscuridad más grande le esperaba, un reino peor,  
 si peor es posible que allí donde todo es el extremo del mal;  
 pero al lado de lo encubierto lo desenmascarado es desnudo lo peor.  
 Allí Dios y la Verdad y la Luz celestial  
 nunca existieron o bien ya no tenían poder.

340 Lo mismo que en el trance de un momento profundo  
 se desliza uno más allá del confín mental hasta otro mundo,  
 él cruzó una frontera cuyo trazado furtivo,  
 invisible para el ojo, sólo el alma podía sentir.  
 Llegó a un cruel dominio acorazado  
 y se vio a sí mismo errante como un alma perdida  
 en medio de mugrientes muros, en los bajos fondos salvajes de la Noche.  
 En torno a él se apretaban grises y sórdidos tugurios  
 lindantes con los soberbios palacios de un Poder pervertido,  
 barrios inhumanos y guardianes demoníacos.

350 Un orgullo en el mal abrazaba su propia abyección;  
 la miseria de un esplendor obsesivo oprimía  
 esos lóbregos suburbios de las ciudades de una vida espectral.  
 Allí la Vida mostraba al alma espectadora  
 los sombríos abismos de su extraño milagro.  
 Diosa poderosa y caída sin esperanza,  
 oscurecida, deformada por un funesto sortilegio de Gorgona,  
 como una emperatriz prostituida en un garito,  
 desnuda, desvergonzada, exultante, alzaba  
 su maléfica faz de peligrosa belleza y encanto,

360 y, provocando el pánico de un beso trémulo  
 entre la magnificencia de sus pechos fatales,  
 inducía al espíritu a caer en sus abismos.  
 A través de su<sup>2</sup> campo de visión ella multiplicaba,  
 como en un film realista o una lámina en movimiento,  
 el implacable esplendor de sus pompas de pesadilla.  
 Sobre el tenebroso fondo de un mundo sin alma,  
 ponía en escena en un espeluznante claroscuro  
 sus dramas del dolor de los abismos  
 escritos sobre los angustiados nervios de las cosas vivientes:

370 epopeyas de horror y de siniestra majestad,  
 estatuas deformes arrojadas y endurecidas en el fango de la vida,  
 una plétora de formas repugnantes y de actos repugnantes  
 paralizaban la piedad en el pecho insensible.  
 En garitos de pecado y lugares nocturnos de vicio,  
 refinadas infamias de la concupiscencia del cuerpo  
 y sórdidas imaginaciones grabadas en la carne,  
 convertían la lujuria en un arte decorativo:  
 abusando del don de Natura, su pervertida destreza  
 inmortalizaba la sembrada semilla de la muerte viviente,

380 en un cáliz de barro vertía el báquico vino  
 y a un sátiro le daba el tirso de un dios.  
 Impuras, sádicas, con bocas abyectas,  
 tétricas invenciones inmundas, horribles y macabras,  
 llegaban teletransmitidas de los abismos de la Noche.  
 Su arte ingenioso en la monstruosidad,  
 intolerante con cualquier formato o talante natural,  
 esperpento de líneas desnudas y exageradas,  
 daba a la caricatura una brutal realidad,  
 y paradas artísticas de formas demenciales y convulsas

390 y máscaras de górgola obscenas y terribles,  
 pisoteaban los sentidos desgarrados en posturas de suplicio.  
 Adoradora del mal inexorable,

ella engrandecía la vileza y sublimaba la inmundicia;  
 un poder de dragón de energías reptilianas,  
 extrañas energías de Fuerza rastrera  
 y esplendores de serpientes agazapadas en el cieno,  
 atraían la adoración hacia un centelleo del fango.  
 Toda la Naturaleza, arrancada de su cuadro y su base,  
 estaba retorcida en una postura contra natura:  
 400 la repulsión estimulaba un deseo inerte;  
 la agonía era un manjar sazonado-de-rojo para el éxtasis,  
 al odio se le confiaba la labor de la lujuria  
 y la tortura adquiría la forma de un abrazo amoroso;  
 un ritual de angustia consagrado a la muerte;  
 el culto se ofrecía al No-Divino.  
 Una nueva estética de arte del Infierno  
 que enseñaba a la mente a amar lo que el alma odia,  
 imponía obediencia a los nervios estremecidos  
 y forzaba el cuerpo a vibrar a pesar de su repugnancia.  
 410 Demasiado dulce y demasiado armoniosa para excitar  
 en este régimen que contaminaba el núcleo del ser,  
 la belleza era proscrita, el sentimiento del corazón embotado por el sueño  
 y en su lugar era apreciado el impacto de las sensaciones;  
 el mundo era explorado por las llamaradas de la atracción-sensorial.  
 Aquí el frío intelecto material era el juez  
 y necesitaba el aguijón, la sacudida y el latigazo sensuales  
 para que su dura sequedad y sus nervios muertos pudieran sentir  
 alguna pasión y poder y punto acerbo de la vida.  
 Una nueva filosofía teorizaba los derechos del mal,  
 420 glorificaba la brillante podredumbre de la decadencia,  
 o daba a una Fuerza de pitón la palabra persuasiva  
 y armaba con el conocimiento la bestia primigenia.  
 Inclínada, observando sólo la vida y la Materia,  
 la mente adquiría la imagen de un animal inquieto;  
 se precipitaba en el abismo para excavar por la verdad  
 e iluminaba su búsqueda con las débiles luces del subconsciente.  
 De allí, borboteante subía contaminando el aire superior,  
 la hez y los putrescentes secretos del Abismo:  
 a esto lo llamaba el hecho positivo y la vida real.  
 430 Tal era ahora la composición de la fétida atmósfera.  
 Una pasión de bestia salvaje surgía furtiva de la Noche secreta  
 para observar su presa con ojos fascinantes:  
 en torno a él como un fuego con lenguas crepitantes  
 vacilaba y reía un éxtasis bestial;  
 el aire estaba saturado de deseos brutales y violentos;  
 agolpándose y picando en un monstruoso enjambre,  
 con un zumbido nocivo presionaban en su mente  
 pensamientos que podían corromper el más celestial aliento de Natura,  
 y forzando la repugnancia de los párpados, asaltaban la vista  
 440 actos que revelaban el misterio del Infierno.  
 Todo lo que había allí estaba hecho según este modelo.

Una raza de posesos habitaba esos parajes.  
 Una fuerza demoníaca agazapada en las profundidades del hombre  
 que jadea reprimida por la ley humana del corazón,  
 intimidada por las apacibles y soberanos ojos del Pensamiento,  
 puede, en un incendio, un terremoto del alma,  
 alzarse y, llamando a su noche natal,  
 derrocar la razón, invadir la vida  
 y estampar su casco sobre el suelo tambaleante de Natura:

450 éste era para ellos el núcleo ardiente de su ser.  
Una formidable energía, un dios monstruoso,  
duro para los fuertes, implacable para los débiles,  
contemplaba el mundo brutal y sin piedad que había hecho  
con la mirada pétrea de su idea fija.  
Su corazón estaba ebrio de un vino terrible de deseo,  
en el sufrimiento de los demás sentía un estremecido deleite  
y saboreaba la música grandiosa de la muerte y de la ruina.  
Tener poder, ser el amo, era la única virtud y bien:  
reclamaba el mundo entero para habitáculo del Mal,  
460 el reino totalitario de su siniestro partido  
era el destino cruel de las cosas que respiran.  
Todo era formado y normalizado siguiendo un único plan  
bajo el peso asfixiante de una tenebrosa dictadura.  
Por las calles y en las casas, en los consejos y en los tribunales,  
él encontraba seres que tenían el aire de hombres de nuestro tiempo  
y ascendían con la palabra sobre las alas señeras del pensamiento  
pero albergaban todo lo que es subhumano, vil  
e inferior al reptar del más bajo reptil.  
La razón, hecha para acercarse a los dioses  
470 y ascender por la escala celeste por el toque mental,  
sólo acrecentaba con su rayo esclarecedor  
la torva monstruosidad de su naturaleza innata.  
A menudo, observando un semblante familiar  
gozosamente hallado en un peligroso recodo  
con la esperanza de reconocer en él una mirada de luz,  
su visión, advertida por el ojo interior del espíritu,  
descubría allí de súbito la marca de fábrica del Infierno,  
o percibía con el sentido interior que no puede errar,  
bajo el aspecto de una forma bella o viril,  
480 el demonio, el duende y el vampiro.  
Reinaba la insolencia de la gélida fuerza de un corazón de piedra,  
poderosa, obedecida, aprobada por la ley del Titán.  
La enorme risa de una gigantesca crueldad  
y las feroces y complacidas acciones de una violencia ogresca.  
En esta vasta y cínica guarida de bestias pensantes  
vano era el intento de buscar un vestigio de piedad o amor;  
no había un toque de dulzura en parte alguna,  
sólo la Fuerza y sus acólitos, el odio y la rapacidad:  
no había ayuda alguna para el sufrimiento, nadie a quien salvar,  
490 nadie osaba resistir o pronunciar una palabra noble.  
Armada con la égida de un Poder titánico,  
firmando los edictos de su horrendo gobierno  
y usando la sangre y la tortura como sello,  
la oscuridad proclamaba sus eslogans al mundo.  
Un silencio miope y servil acallaba la mente  
o sólo repetía las lecciones aprendidas,  
en tanto que mitrada, portando el báculo del buen pastor,  
la Falsedad entronizaba en los corazones postrados y sobrecogidos  
los cultos y los credos que organizan la muerte viviente  
500 y matan el alma sobre el altar de una impostura.  
Todos eran engañados o servían su propio engaño;  
en esta atmósfera asfixiante, la Verdad no podía vivir.  
Allí la miseria creía en su propio gozo  
y el miedo y la debilidad abrazaban sus abyectas profundidades;  
todo lo que es bajo, sórdidamente pensado, vil,  
todo lo que es escuálido y pobre y miserable,  
respiraba su aire natural con un laxo contento

y no sentía ningún ansia de liberación divina:  
arrogante, burlándose de los estados más luminosos,  
510 el pueblo de los abismos despreciaba el sol.  
Una autarquía cerrada excluía la luz;  
fijado en su voluntad de ser su propio yo gris,  
éste se jactaba de su norma única y su espléndido tipo:  
calmaba su hambre con sueños de pillaje;  
ostentando la cruz de su servidumbre como una corona,  
se aferraba a su lúgubre y brutal autonomía.  
Una garganta de toro mugía con su lengua de bronce;  
su ronco e insolente clamor llenaba el Espacio  
520 y amenazando a todos los que osaran escuchar la verdad,  
se arrogaba el monopolio de los oídos maltrechos;  
una aquiescencia de sordos otorgaba su voto,  
y los dogmas presuntuosos aclamados en la noche  
mantenían para el alma caída, antaño considerada un dios,  
el orgullo de su absoluto abisal.

Descubridor solitario en estos amenazantes reinos  
protegidos del sol como las ciudades de termitas,  
agobiado en medio de la muchedumbre, el bullicio, el ruido y la ostentación,  
pasando de una tiniebla a otra más profunda y peligrosa,  
él luchaba con poderes que arrebatában la luz de su mente,  
530 y alejaba de sí sus pertinacés influencias.  
Pronto emergió en un oscuro espacio sin muros.  
Porque ahora las zonas pobladas habían quedado atrás;  
caminaba entre las vastas orillas de la tarde declinante.  
En torno a él crecía un desolado vacío espiritual,  
un desierto amenazador, una siniestra soledad  
que dejaba la mente desarmada contra un asalto invisible,  
como una página en blanco en la que quien quisiera podía escribir  
mensajes brutales absolutamente monstruosos sin control.  
Punto viajero sobre las rutas descendentes de la Tiniebla  
540 entre tierras yermas, graneros, cabañas dispersas  
y algunos árboles retorcidos y fantasmales,  
él se enfrentaba a una sensación de muerte y de vacío consciente.  
Pero todavía una Vida hostil estaba allí, imperceptible,  
cuyo talante semejante a la muerte, resitiendo a la ley y a la verdad,  
tornaba viviente una brecha funesta en la nulidad.  
Oía las horrendas voces que niegan;  
asaltado por pensamientos que pululaban como hordas espectrales,  
presa de la mirada fija de los fantasmas de la oscuridad  
y del terror que se acercaba con su boca letal,  
550 impulsado más y más hacia abajo por una extraña voluntad,  
con el cielo en lo alto como un comunicado de Perdición,  
él luchaba para proteger su espíritu de la desesperación,  
pero sentía el horror de la Noche creciente  
y el Abismo ascendiendo para reclamar su alma.  
Entonces cesaron los habitáculos de las criaturas y sus formas  
y la soledad lo envolvía en sus mudos repliegues.  
Todo desapareció de repente como un pensamiento fenecido;  
su espíritu se tornó una sima huera a la escucha,  
falto de la muerta ilusión de un mundo:  
560 nada quedaba, ni siquiera un rostro malvado.  
Él estaba solo con el pitón gris de la Noche.  
Una densa Nada sin nombre, consciente, muda,  
que parecía viva pero sin cuerpo ni mente,  
ansiaba aniquilar a todos los seres

para poder estar por siempre desnuda y sola.  
 Como en las intangibles fauces de una bestia sin forma,  
 agarrado, estrangulado por esta ávida mancha viscosa,  
 atraído hacia una boca negra gigantesca,  
 una garganta devoradora y un enorme vientre de destrucción,  
 570 su ser desapareció de su propia visión  
 arrastrado hacia profundidades que tenían hambre de su caída.  
 Un vacío sin forma oprimía su cerebro en lucha,  
 una siniestra y gélida oscuridad entumecía su carne,  
 el susurro de una insidiosa sugestión helaba su corazón;  
 arrancado de su cálido hogar por la fuerza de una serpiente  
 y arrastrado hacia la extinción en una funesta vacuidad  
 la vida se agarraba a su base con las cuerdas de su aliento jadeante;  
 su cuerpo era lamido por una lengua tenebrosa.  
 La existencia asfixiada se afanaba por sobrevivir;  
 580 la esperanza estrangulada perecía en su alma vacía,  
 la fe y la memoria abolidas morían  
 y todo lo que ayuda al espíritu en su ruta.  
 A través de cada tenso y dolorido nervio se deslizaba,  
 dejando tras de sí una acerba y trémula estela,  
 un miedo sin nombre, inexpressable.  
 Lo mismo que un mar se acerca a una víctima atada e inmóvil,  
 alarmaba su mente por siempre muda el acercamiento  
 de una implacable eternidad  
 de dolor inhumano e intolerable.  
 590 Ésto debía soportar, su esperanza del cielo enajenada;  
 debía existir por siempre sin la paz de la extinción  
 en un Tiempo lento de sufrimiento y en un Espacio torturado;  
 una nada de angustia era su estado final.  
 Su pecho era ahora una vacuidad sin vida,  
 y allí donde antes brillaba un pensamiento luminoso,  
 sólo quedaba, como pálido fantasma inmóvil,  
 una incapacidad para la fe y la esperanza  
 y la atroz convicción de un alma vencida,  
 todavía inmortal pero despojada de su divinidad,  
 600 perdida su identidad y Dios y el contacto de mundos más felices.  
 Pero él resistió, acalló el vano terror, soportó  
 las asfixiantes espirales de la agonía y el pánico;  
 entonces retornó la paz y la mirada soberana del alma.  
 Al horror puro replicó una Luz sosegada:  
 inmutable, imperecedera, no-nacida,  
 poderosa y muda, la Divinidad despertó en él  
 y afrontaba el dolor y el peligro del mundo.  
 Con una mirada él dominaba las mareas de Natura:  
 con su espíritu desnudo se enfrentaba al Infierno sin velas.

## Fin del canto VII

1. Aswapathy.
2. de Aswapathy.